

Enrique  
**Martínez Lozano**

Otro modo de leer  
**el Evangelio**

Comentario al Evangelio de cada día  
Ciclo C - 2015/2016

DESCLÉE DE BROUWER



ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO

OTRO MODO DE LEER  
EL EVANGELIO

---

Comentario al evangelio de cada día  
(Ciclo C - 2015/2016)

DESLÉE DE BROUWER  
BILBAO - 2015

# índice

Presentación . . . . .	7
Tiempo de Adviento. . . . .	17
Tiempo de Navidad . . . . .	45
Tiempo Ordinario . . . . .	65
Tiempo de Cuaresma. . . . .	97
Tiempo de Pascua . . . . .	149
Tiempo Ordinario . . . . .	203
Índice de las lecturas evangélicas . . . . .	403

## introducción

**P**arece innegable que, muy frecuentemente, el evangelio ha sido leído desde una doble clave: el literalismo y el moralismo.

La *lectura literalista* lo ha convertido en una especie de “anecdotario”, que parecía buscar la exaltación de Jesús como hacedor de milagros, pero al precio de mantener el relato anclado en el pasado y desconectado de las preocupaciones de quienes hoy se acercaban al mismo.

Por su parte, la *lectura moralizante* reducía el texto evangélico a una especie de código moral, regulador del comportamiento, con el riesgo de hacerlo aparecer como un “policía divino” o superego controlador.

En ambos casos, aunque fuera inconscientemente, se banalizaba y empobrecía el texto, dejando en el olvido lo más importante y decisivo: su carácter de *libro de sabiduría*, en el sentido más genuino y profundo del término.

La sabiduría es *atemporal*, porque trasciende la mente y sus conceptos, aunque indudablemente tenga que hacer uso de una y otros. Por ese motivo, al acercarnos a textos que la expresan, a poco que lo hagamos con un mínimo de apertura, nos sentimos directamente concernidos y afectados. Descubrimos que esos escritos están, en realidad, *hablando de nosotros*. No importa la anécdota ni la moraleña: hemos hallado un espejo en el que vernos reflejados.

La sabiduría es *originaria*: no es sino la misma Consciencia expresándose o, si se prefiere, la “voz” del misterio último de lo Real, que también a nosotros nos constituye. Por ello, al leerla o escucharla, resuena con fuerza en nosotros, porque la reconocemos como nuestra propia voz, la voz de nuestro “maestro interior”.

La sabiduría es *luminosa*, fuente de toda comprensión y certeza, porque es *una con la Verdad*. Por esa razón, nos saca de la ignorancia básica acerca de nosotros mismos, nos libera de la confusión y nos rescata del laberinto tortuoso del sufrimiento. Algo se ensancha en nuestro interior, el corazón se dilata y la mente se abre, en una sensación creciente de amplitud y de claridad.

La sabiduría no tiene que ver, primariamente, con los conceptos ni con la erudición. Ni siquiera con la mente, por más que esta sea una herramienta precisa y preciosa.

Tiene que ver, antes que nada, con el *sabor*, o más exactamente, con el *saboreo* inmediato de lo Real. Tal vez por ese motivo, las palabras de sabiduría provocan silencio en nuestro interior y, en ese silenciarnos, se produce el encuentro íntimo con la Verdad que somos, a la vez que se va operando un proceso de desegocentración.

Las palabras sabias nacen siempre del silencio a través de aquellos hombres y mujeres que han saboreado, de primera mano, el secreto más profundo de lo Real. Hombres y mujeres sabios que han visto y transitado el “territorio” común y compartido. Por eso, cuando los escuchamos o leemos, se aviva en nosotros aquel mismo Anhelado que los motivó a ellos, empezamos a “re-cordar” (volver al corazón) y “despertamos” a nuestra verdad.

Eso explica que, siempre que leemos textos de sabiduría, tenemos la sensación cierta de que alguien ha puesto palabras a nuestra vivencia más profunda. Por lo que, de un modo connatural, a la vez que sentimos “*arder nuestro corazón*” (Lc 24,32), “*entramos en comunión*” con aquellos escritos. Y esto es lo que ocurre con el evangelio, cuando sabemos recibirlo como un libro de sabiduría.

Ahora bien, si hubiera que decirlo de la manera más escueta posible, ¿qué es lo que la sabiduría aporta? Sencillamente, la respuesta adecuada a la única pregunta decisiva, aquella que contiene el secreto de toda otra comprensión y la clave para vivir adecuadamente: *¿quién soy yo?*, *¿quiénes somos?*, *¿qué es lo real?*

Porque, tal como proclamaba el Oráculo de Delfos, quien conoce su verdadera identidad, conoce todo lo que es: “*Hombre, concóctete a ti mismo, y conocerás al Universo y a los dioses*”<sup>1</sup>. El todo está en la parte, nos dice hoy incluso la misma ciencia. Por eso, quien se conoce a sí mismo, conoce el secreto último de lo real.

Los sabios son los que han sabido quiénes eran. Sirvan solo un par de testimonios para ejemplificar lo que intento decir.

Cuenta una anécdota que, en una ocasión, le preguntaron al Buddha: “¿Eres un dios?”. No, respondió. ¿Eres un ángel? No. ¿Un santo? No. ¿Qué eres entonces? “*Yo estoy despierto*”, respondió.

1. Algo similar se afirma desde la Cábala judía: “*Cábala* [del verbo *lekabel* = recibir] *significa «recepción»... En la medida en que cada persona descubre su interior más profundo logra entender con mayor claridad todo el universo, los misterios de la creación y las razones de la existencia del hombre*”: L. HALAC, *Prólogo* a la obra de M.J. SABÁN, *Maasé Bereshit. El Misterio de la Creación*, edición del autor, Buenos Aires 2013, p.9; M.J. SABÁN, *Sod 22, el Secreto. Los fundamentos de la Cábala y la tradición mística del judaísmo*, edición del autor, Buenos Aires 2011.

Por su parte, en una polémica con las autoridades judías, y ante una pregunta cargada de ironía, Jesús les responde: “*Antes que Abraham naciera, Yo soy*” (Jn 8,58).

La propuesta es que nos acerquemos al evangelio de “otro modo”. Y no solo porque no lo hagamos desde el literalismo ni desde el moralismo, a los que antes aludía, sino porque sepamos adoptar la perspectiva que parece más idónea para que la sabiduría se manifieste. Me refiero a la *perspectiva o modelo no-dual* que, sorteando los riesgos inherentes a la razón separadora, nos facilite conectar con la sabiduría y *saborear* lo que somos. De ese “saboreo”, brotará con certeza todo lo que necesitamos<sup>2</sup>. Si permanecemos ahí, en una conexión consciente y constante con lo que somos, todo lo demás –como nos recordaba el propio sabio de Nazaret– “*se nos dará por añadidura*” (Mt 6,33).

Lo más *característico de la no-dualidad* es el reconocimiento de que no existe nada separado de nada. “*La Realidad es No-Dual, es decir, carece de toda división*” (Gilbert Schultz). Es solo nuestra mente, debido tanto a sus límites como a su inherente naturaleza dual, la que percibe únicamente separación, confundiendo y tomando como “realidad” lo que solo es una expresión “aparente” de la misma. En lo profundo, todo es (somos) Uno, que se expresa en admirables diferencias.

Las repercusiones de la perspectiva no-dual son inmediatas y revolucionarias para nuestro modo habitual (mental) de asumir la realidad. Y afectan también –es inevitable– a los planteamientos religiosos y a las imágenes (mentales) de Dios.

Esto explica que, cuando una persona religiosa teísta se acerca a esta perspectiva, tema que todo se derrumbe, experimentando sentimientos más o menos dolorosos de orfandad, de infidelidad, o incluso de culpa. Pero, en realidad, no se “cae” nada valioso, excepto aquello que era pura construcción mental carente de fundamento real –lo cual es bueno que caiga–; lo que se produce es un *profundo cambio de perspectiva*, al empezar a percibir que *nada es lo que parece*.

Caerán todas las imágenes de Dios, caerán conceptos y catecismos aprendidos...; antes o después, tendrán que

2. He tratado de exponer con extensión la perspectiva no-dual en *Otro modo de ver, otro modo de vivir. Invitación a la no-dualidad*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2014. Ahí pueden encontrarse precisiones y aclaraciones sobre la “clave de lectura” que utilizaré en estos comentarios al evangelio.

caer todas las creencias, porque son simplemente “objetos mentales”. Pero –justo en la medida en que caigan– estaremos en condiciones de abrirnos a una profundidad mayor, que trasciende los límites de la mente. Dejaremos de *pensar* a Dios, para reconocernos en él de un modo no-separado.

Porque la no-dualidad nos hace ver que Dios y nosotros somos no-dos. El Misterio último de lo que es no es distinto de nuestro núcleo más profundo. En consecuencia, acceder a la verdad de sí mismo es llegar a la verdad de Dios: el Fondo de lo real es solo Uno.

Realmente, nos hallamos ante un giro revolucionario en nuestro modo de conocer y de percibir lo real. Como observa acertadamente Javier Melloni, “*hay signos de que algo nuevo está naciendo: la claridad de que no nos podemos percibir separados de la totalidad de la que formamos parte ni del fondo del que emergen todas las cosas y nosotros mismos a cada instante. Nuestra confusión y nuestro extravío proceden de habernos desconectado de ello y nuestra agonía de haberlo olvidado*”<sup>3</sup>. La propuesta contiene, por tanto, una invitación: la de aproximarnos cada día al texto evangélico y *renovar*, diariamente, la conexión consciente con nuestra verdadera identidad, *Aquello* –ni masculino ni femenino, ni personal ni impersonal– que nuestra mente nombra “Dios”.

Nuestra identidad es aquello que permanece siempre, cuando todo cambia. Es también única y compartida con todos los seres porque, como acabo de decir, parafraseando al místico cristiano Maestro Eckhart, no puede haber “dos fondos” de lo Real. Y podemos experimentarla en cuanto dejamos caer las ideas o etiquetas que, desde la mente, la nublan. Si lo único que permanece siempre es la *consciencia*, se comprende –y aquí se da otra elegante coherencia– que nuestra única certeza sea esta: la *certeza de ser*. Como escribe Juan Carlos Savater, no necesitamos ninguna experiencia de “iluminación”; basta anclarnos en esa certeza innata y atestiguar su verdadera naturaleza invulnerable y eterna. “*Anterior a la idea de ser tal o cual persona, anterior a cualquier tipo de razonamiento o pensamiento, hay una innata «certeza de ser». Una desnuda o pura consciencia que es y sabe que es. Esta es siempre, no*

3. J. MELLONI, *El emerger de la nueva espiritualidad*, en *Dar lugar* 1 (mayo 2014) p.9.

*la mayor, sino verdaderamente nuestra única e incuestionable certeza*”<sup>4</sup>. La práctica es sencilla de enunciar: permanece todo el tiempo que puedas, a lo largo de todo el día, en la *única certeza: la certeza de ser*.

Somos, pues, –como todo lo real– Consciencia, que se expresa en formas concretas. Consciencia de ser –lo único que permanece siempre idéntico a sí mismo a lo largo de toda nuestra historia–, que algunas tradiciones sapienciales han nombrado en primera persona como “Yo soy”.

La mente piensa: “yo soy *esto*”, y crea la ficción del ego. La sabiduría –la Consciencia– afirma con nitidez: “Yo soy”.

La sabiduría –como la genuina espiritualidad– consiste en el reconocimiento y la vivencia de esa identidad última y compartida. Ahí se juega la comprensión y la liberación del sufrimiento, como pone de relieve este hermoso texto de Helen Mallicoat:

“Estaba lamentándome del pasado y temiendo el futuro... De repente «mi Señor» estaba hablando:

«MI NOMBRE ES YO SOY».

Hizo una pausa. Esperé. Él continuó:

Cuando vives en el pasado, con sus errores y pesares, es difícil. Yo no estoy allí. Mi nombre no es «Yo fui».

Cuando vives en el futuro, con sus problemas y temores, es difícil. Yo no estoy allí. Mi nombre no es «Yo seré».

Cuando vives en este momento, no es difícil. Yo estoy aquí. Mi nombre es YO SOY”.

La religión teísta, con la expresión “mi Señor”, se refiere a la divinidad. Lo cual es absolutamente legítimo. Sin embargo, me parece más ajustado afirmar la no-separación de todo, por lo que tal expresión puede entenderse como otro nombre de aquel Fondo común que compartimos todos los seres, y que, aun sin agotarse en las formas, constituye el núcleo de todas ellas. En ese sentido, la citada expresión nos remite a nuestra identidad más profunda, que puede nombrarse también como “Yo Soy”.

Esta lectura no-dual nos revela algo profundo. Cuando perdemos la consciencia del momento presente, nos alejamos de quienes somos. Por el contrario, en cuanto acallamos la mente y venimos al aquí y ahora, escuchamos

4. J.C. SAVATER, *La certeza de ser*, La Trompa de Elefante, Madrid 2012, p.35.

en nuestro interior a nuestra verdadera identidad –nuestro “Señor interior”– que nos susurra: “Yo soy”, todo está bien.

En esta presentación, siento también necesario decir una palabra sobre el modo de realizar los comentarios a los textos evangélicos. Dada la intencionalidad de este libro, serán breves, como simples “recordatorios” que nos faciliten “conectar” cada día con quienes realmente somos. En cada uno de ellos, destacaré dos puntos: por un lado, haré una brevísima alusión al *contexto histórico* y marco vital de aquellas *primeras comunidades* donde surge el texto evangélico; por otro, propondré una *lectura actualizada desde la perspectiva no-dual*. Al final del libro, ofrezco un Índice de las lecturas evangélicas de este ciclo “C”, con la referencia exacta y la página donde puede encontrarse el texto y el correspondiente comentario.

Puede haber algunos lectores cristianos a quienes les rechine todo el trabajo de “desmenuzar” los textos, considerando que lo importante es vivir la admiración ante el Misterio y su “saboreo”. Comprendo esa actitud, pero me parece que el “saboreo” del Misterio no está reñido con la razón. De lo contrario, como ha ocurrido tantas veces en la piedad e incluso en el estudio de la teología, *el Misterio se convierte en Mito*. Y para cada vez más contemporáneos nuestros, eso es sinónimo de *infantilismo* o, al menos, *credulidad*. Esa es la razón por la que me parece importante “disecionar” lo que antes nos “tragábamos” de un modo acrítico. Más aún, denunciar la absolutización de la mente y reconocer la necesidad de trascenderla, no significa renunciar a ella –lo cual nos llevaría a la irracionalidad–, sino utilizarla adecuadamente, como herramienta que es, pero con todo el rigor posible. Cuando se hace así, no es difícil constatar que la razón y el Misterio se llevan muy bien. Y no podía ser de otro modo: ambos nacen de la misma y única Fuente.

Deseo que podamos hacer juntos una andadura diaria que, al contacto con la sabiduría de Jesús, nos haga saborear la Vida, permitiendo que se exprese a través de nosotros. La insistencia, quizás para algunos machacona, en la cuestión de nuestra verdadera identidad es intencionada: pretende favorecer, día a día, el cambio en nuestra forma

de vernos, con la seguridad de que ahí brotará el modo ajustado de vivimos.

Existen muchos y variados comentarios al evangelio diario. Este quiere abrir caminos, favorecer experiencias y potenciar la conexión, cada vez más constante, con lo que realmente somos. Un “recordatorio” que nos ayude a volver a la verdadera “casa”, aquella común en la que –tomando distancia de la mente y del yo– cada uno nos reconocemos y que todos los seres compartimos.

Esa “casa” no es otra que la Vida. Con respecto a ello, la mente –el modelo mental de cognición– nos induce a un grave error, de dolorosas y agobiantes consecuencias: nos hace creer que la vida es “algo” separado, que *tenemos* y que, en cualquier momento, podemos perder. Tal creencia –asumida como incuestionable, porque corresponde a lo que nuestra mente puede ver y porque se halla sostenida por la convención social–, activa un doble mecanismo, igualmente erróneo y dañino.

Por un lado –creyéndonos desgajados o separados–, nos protegeremos de la vida, en una actitud temerosa y defensiva, pensando que en cualquier momento puede hacernos daño. Por otro, en lugar de dejarnos fluir con ella, nos empeñaremos –recurriendo a mil estratagemas estresantes, y siempre con el temor de no lograrlo– en “sostener” ese “algo” que creemos que es “nuestra” vida, para que tome la dirección que nuestra mente piensa que *debe* tomar.

Crecimos pensando que *debíamos tomar las riendas* de nuestra vida, para que no nos hiciera daño y para que fuera en la dirección que creíamos adecuada. No cabe insensatez mayor. ¿Cómo no habríamos de sufrir tensión, agobio, temor, estrés...?

La sabiduría nos muestra lo errado de nuestra creencia, al hacernos ver que la vida no es “algo” separado y que tampoco es “nuestra”. Vida es nuestra identidad, es lo que *somos*. No hay, por tanto, nada que temer, nada de lo que defenderse, nada que controlar ni nada que sostener: la Vida se sostiene a sí misma. La actitud sublimemente sabia consiste solo en dejar de creer que somos seres separados –olas que se pensarán autónomas en la superficie del

mar- y reconocernos como Vida una –el océano que juega con sus olas en todo lo que ocurre–.

La Vida es infinitamente más sabia que nuestra mente. Al ser vida, solo tenemos una cosa que aprender: a *dejarnos fluir* en y con ella. Así salimos de las erróneas y dañinas creencias mentales y “reencuentramos” la unidad con todos los seres –en la misma y única vida–, unidad que nunca habíamos perdido.

Los comentarios de estos trescientos sesenta y seis días –estamos en un año bisiesto– están animados por este único interés: ayudar, día a día, a abandonar la creencia –el engaño radical, el auténtico “pecado original”– de que somos yoes separados y renovar la invitación a experimentar que *somos Vida*, escuchando la palabra de aquel que dijo: “*Yo soy la Vida*” (Jn 11,25; 14,6).

A lo largo del camino, probablemente el mayor descubrimiento consista en percibir que la autoridad del evangelio no le viene de algo “exterior”, como se pensaría desde una consciencia mítica y dual que entiende la “revelación” como “dictado” de un dios separado, sino de su capacidad para *resonar* dentro de nosotros mismos.

Porque eso que *resuena* quizás no sea sino aquella misma y única identidad que compartimos con Jesús y con todos los seres, en lo que los científicos modernos –desde campos tan diversos como la física cuántica, la biología, la astrofísica, las neurociencias o la misma psicología– llaman un “campo de conciencia” o “campo de información” (campo mórfico o morfogenético), de donde brotan, en una admirable no-dualidad, todas las formas concretas. Nuestra mente las percibe como separadas, pero, en realidad, como siempre nos habían dicho los místicos, no existe nada separado. Por eso, en palabras del Maestro sabio de Nazaret, “*quien me ve a mí, ve al Padre*” (Jn 14,9).

Deseo cordialmente que estos breves apuntes nos ayuden a experimentar y vivir, día a día, nuestra realidad paradójica: el Ser, ilimitado y siempre a salvo, que se está viviendo en una forma concreta, frágil y vulnerable.

*El Todo está en cada parte.* Nosotros somos, también, la “parte” –un “punto” particular de la única “red”: el yo

individual- y somos, más profundamente, el “Todo” -la “red” completa: el Yo Soy universal-.

Pues bien, para vivir ajustadamente esa realidad paradójica que somos, necesitamos *consciencia* -para no olvidar nunca lo que somos de fondo, aquella realidad ilimitada y siempre a salvo- y *compasión* -para amar la forma frágil y vulnerable, en que se está expresando de modo transitorio-.

En realidad, la consciencia (o sabiduría) y la compasión son las dos caras de la misma realidad y de la misma actitud. Los sabios han dicho que ambas constituyen las “dos alas” de la realización. Ojalá estos breves comentarios ayuden a desplegarlas y, de ese modo, abrazando con ellas toda la realidad, vivir la Unidad que somos.



tiempo de adviento

# 29 de noviembre domingo

¿Siento confianza?

¿Dónde se apoya?

El texto pertenece al llamado “género apocalíptico”. A través de un lenguaje característico –señales cósmicas, que producen miedo y angustia–, se está hablando de una transformación radical, que habrá de culminar en un “orden (mundo) nuevo”.

Las primeras generaciones de discípulos daban por segura una vuelta inmediata de Jesús en gloria y poder (*parusía*). De ahí que el texto anime a “levantarse” porque aquellos acontecimientos, aparentemente terroríficos, son en realidad signos de la liberación definitiva.

*Desde una perspectiva no-dual*, la lectura es clara: la liberación es *ahora*. Ahora es el momento de levantarse, alzar la cabeza y vivir como personas liberadas. *Lo que somos, es plenitud*. En el nivel relativo (superficial), pueden “temblar los astros”, aparecer miedo y angustia...; pero en el nivel absoluto (profundo), el Fondo que nos sostiene y constituye nos hace vivir en la confianza. Solo necesitamos *reconocernos conectados a él*. O mejor aún, reconocer que él constituye nuestra verdadera identidad.

Dar vueltas a la cabeza no suele proporcionar más claridad ni más descanso, sino más confusión y sufrimiento. Por eso, todo pasa por acallar la mente y dejar de identificarnos con sus mensajes. Lleva la atención a la respiración, disfruta sencillamente de sentir el movimiento respiratorio y consiente en *descansar en lo que es*. No quieras pensarlo ni “controlar” mentalmente el proceso. No gastes tampoco energía en “pensar” a Dios; seguramente, cuando dejes de *pensarlo*, te descubrirás en él, sin ningún tipo de distancia ni separación. De hecho, es imposible “escapar” de él, ya que es la Presencia imposible de evitar y, por ello, fuente de Confianza.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, enloquecidas por el estruendo del mar y del oleaje. Los hombres quedarán sin aliento por el miedo y la ansiedad, ante lo que se le viene encima al mundo, pues los astros temblarán. Entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube, con gran poder y majestad. Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación. Tened cuidado no se os embote la mente con el vicio, la bebida y los agobios de la vida, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra. Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir, y manteneos en pie ante el Hijo del hombre”.

Lc 21, 25-28.34-36

**L**os evangelistas, aunque el dato no case con la realidad histórica ni sea coherente con el modo humano de funcionar –nadie deja todo para irse con un desconocido–, tienen interés en situar la llamada a los discípulos en el inicio mismo de la actividad de Jesús. Con ello, parecen mostrar que maestro y discípulos conforman una unidad. Pero, para que tal unidad sea posible, insisten en que se necesita dejar todo.

El llamado “seguimiento” –el compromiso con el Reino–, vienen a decirnos, requiere desappropriación. Porque solo esta permite tener un corazón disponible.

El ego funciona a través de la apropiación y de la identificación: se apropia de todo lo que halla a su alcance hasta identificarse con ello. En cuanto dice “mío”, ha nacido el “yo”. Y terminamos creyendo que ese “yo” constituye nuestra verdadera identidad: de ahí, que nos pasemos la vida viviendo para él, en una espiral de confusión y de sufrimiento; nos hemos encerrado en una especie de jaula, y hemos asociado nuestra suerte a lo que le ocurra a ese yo.

Sin embargo, el yo es solo una ficción mental. Tenemos un cuerpo, una mente, un psiquismo; nos ocurren cosas de todo tipo... Pero *no somos* nada de ello, sino la Consciencia que subyace. Y ahí empieza la liberación: cuando nos adiestramos en distinguir “lo que ocurre” –circunstancias internas o externas– de “la consciencia de lo que ocurre”. La identificación con “lo que ocurre” nos esclaviza y convierte en marionetas; reconocer que somos consciencia nos ensancha y libera.

“*Dejar todo*” empieza por reconocer que *no somos nada de ello*. Y será esta comprensión la que nos abrirá la mente y el corazón para vivir en la gratuidad. Porque, mientras la apropiación es sinónimo de egocentración narcisista, la desappropriación es la única garantía de que nuestro corazón está disponible.

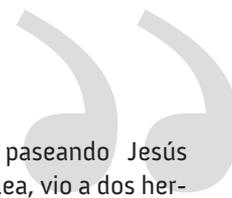
¿Y por qué seguimos manteniendo la creencia de que somos el “yo” separado? Por la misma razón por la que seguimos diciendo: “el sol sale” o “el sol se pone”. Porque, llamándolo “sentido común”, damos por definitivo lo que nos dicen los sentidos y la mente. Sin embargo, la realidad es otra.

# 30 de noviembre

## lunes

San Andrés

*¿Veo “lo que ocurre”  
desde “la consciencia  
de lo que ocurre”?*



En aquel tiempo, paseando Jesús junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos, a Simón, al que llaman Pedro, y a Andrés, que estaban echando el copo en el lago, porque eran pescadores. Les dijo: “Veníos conmigo y os haré pescadores de hombres”. Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Paseando adelante, vio otros dos hermanos: Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo su padre. Jesús los llamó también. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.

Mt 4, 18-22

# 1 de diciembre

## martes

*¿He experimentado que,  
al acallar la mente,  
conecto con el Gozo?*

Jesús, lleno de alegría, estalla en una explosión de gratitud, al constatar que la gente sencilla “ve”. La alegría y la gratitud brotan, sin duda, de la consciencia viva de su identidad más profunda, allí donde se siente uno con el Padre y con todos los seres.

Por el contexto, sabemos que la expresión “*los sabios y entendidos*” alude a las autoridades religiosas y a los teólogos oficiales (escribas o doctores de la ley), es decir, a quienes creen saberlo todo y presumen de conocer a Dios y su Ley. “Los sencillos”, por el contrario, son aquellos que resultan sospechosos a los “entendidos”: los pecadores, los analfabetos, los grupos marginados (niños, mujeres, enfermos, pobres...) que, al acoger la palabra de Jesús, encuentran luz (se les “revela”) y dicha.

Tanto la alegría como la gratitud no son sino otros nombres de nuestra verdadera identidad. Podemos *experimentar* tristeza y *tener* reacciones ingratas, pero *somos* Gozo y Gratitud, como lo era Jesús; como lo son todos los seres. Porque todos somos uno con el “Padre”, con la Fuente o el Vacío de donde todo brota.

Pero no lo veremos a través de la mente. Esta puede hacernos “entendidos” en muchas cosas, pero corremos el riesgo de caer en una trampa tan sutil como peligrosa: la de creer que *pensar* es lo mismo que *conocer*, y así reducimos lo Real a nuestros conceptos. Como ha escrito Giorgio Nardone, “*es una perversión de la inteligencia creer que la razón lo solventa todo*”. Nos libramos de esa trampa gracias a la *sabiduría del no-saber* (del no-pensamiento): “*Entréme donde no supe y quedéme no sabiendo, toda ciencia trascendiendo*”, sabía bien Juan de la Cruz.

Y lo mismo vale para Dios, tal como lo expresaba el místico cristiano Angelus Silesius, en el siglo XVII: “*Qué sea Dios, lo ignoramos...; es lo que ni tú ni yo ni criatura alguna ha sabido jamás antes de haberse convertido en lo que Él es*”. O la poetisa Charo Rodríguez: “*Solo el Dios encontrado, / ningún dios enseñado puede ser verdadero, / ningún dios enseñado. / Solo el Dios encontrado / puede ser verdadero*”. Tendremos que “dejar caer” todas nuestras ideas y creencias sobre Dios –en realidad, son solo “objetos mentales”–, para anclarnos en la Presencia que se nos regala a través del silencio de la mente.

En aquel tiempo, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó Jesús: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar”. Volviéndose a los discípulos, les dijo: “¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que oís, pero no lo oyeron”.

Lc 10, 21-24

Tanto el sumario, que alude a la actividad taumática y sanadora de Jesús, como el relato llamado de la “multiplicación de los panes”, ponen de relieve uno de los rasgos característicos de la personalidad y del mensaje de Jesús: la compasión.

Hasta tal punto resultó llamativa esta actitud, que los evangelios reservan un verbo que únicamente aplican a él y a los personajes de alguna de sus parábolas. Es el verbo griego “*splagchnizomai*”, que significa literalmente “conmoverse en las entrañas”. La compasión, junto con la gratitud, constituirá la columna vertebral de la propuesta de Jesús.

De la familia de la empatía (la “*cum-passio*” latina equivale a la “*sym-patheia*” griega), compasión es la capacidad de ponerse en el lugar del otro –para sentir y ver las cosas como él mismo las siente y las ve– y conlleva una acción eficaz de ayuda. La compasión se basa en la comprensión de que todos constituimos una unidad, es decir, en la certeza de la no-separación. Desde esa certeza, la compasión consiste en *poner amor donde hay dolor*, sea hacia los demás o hacia uno mismo. Porque, como nos recuerdan los psicólogos que han introducido el *mindfulness* en la práctica psicoterapéutica, no nos amamos para estar bien; nos amamos porque estamos mal.

La compasión va de la mano de la sabiduría: al ver que somos uno, no podemos no tratar al otro como nos trataríamos a nosotros mismos. El amor no tiene que ver, en primer lugar, con la emoción, sino con la comprensión: es la *certeza de no-separación*. Pero, para vivirla, la compasión requiere dos condiciones psicológicas: una sensibilidad limpia –capaz de vibrar– y un afecto liberado –un amor desbloqueado–.

## 2 de diciembre miércoles

*¿Cómo crecer  
en compasión hacia mí  
y hacia los demás?*

En aquel tiempo, Jesús se marchó de allí y, bordeando el lago de Galilea, subió al monte y se sentó allí. Acudió a él mucha gente que llevaba tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros; los echaban a sus pies y él los curaba. La gente se admiraba al ver hablar a los mudos, sanos a los lisiados, andar a los tullidos y con vista a los ciegos, y dieron gloria al Dios de Israel. Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: “Siento compasión de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que se desmayen en el camino”. Los discípulos le preguntaron: “¿De dónde vamos a sacar en un despoblado panes suficientes para saciar a tanta gente?”. Jesús les preguntó: “¿Cuántos panes tenéis?”. Ellos contestaron: “Siete y unos pocos peces”. Él mandó que la gente se sentara en el suelo. Tomó los siete panes y los peces, dijo la acción de gracias, los partió y los fue dando a los discípulos, y los discípulos a la gente. Comieron todos hasta saciarse y recogieron las sobras: siete cestas llenas.

Mt 15, 29-37

# 3 de diciembre

## jueves

*Si quito todas las ideas y creencias, ¿dónde se apoya mi seguridad?*

Jesús era un maestro de las parábolas. De un modo sencillo y accesible, tales relatos confrontan al oyente (o lector) consigo mismo y con el modo como se está viviendo. En este caso, la parábola le pregunta por los cimientos en que está apoyando su existencia, y que son los que marcan el contraste entre la “apariencia” y la “solidez”.

Antes de la parábola, la primera expresión subraya una cuestión incómoda para la religión y que, quizás por ello, ha quedado habitualmente relegada. Según Jesús, como se pondrá también de relieve en la llamada “parábola del buen samaritano” (Lc 10,30-37), hay un camino para encontrarse con Dios que no pasa por el templo. Dicho brevemente: Jesús, en la línea de la mejor tradición profética judía, *sitúa la ética por encima de la religión*.

“*La mejor religión es la que hace mejores personas*”, afirmó en una ocasión el Dalai Lama. Podría decirse de otro modo: la religión es saludable cuando se vive al servicio de la persona y de la espiritualidad (entendiendo por espiritualidad aquella dimensión básica y fundamental del ser humano que posibilita la plenitud de vida). Por el contrario, cuando se absolutiza, olvidando que es solo un instrumento siempre relativo, se hace dogmática, indigesta y peligrosa, llegando incluso a pervertirse.

“*No es el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre*”, proclamó Jesús (Mc 2,27). Lo mismo vale para la religión. En el mejor de los casos, la religión es solo un “mapa” que nos ayuda descubrir y fortalecer la “roca” sobre la que construir nuestra casa. Pero *la roca es solo una*: el núcleo último de todo lo que es, aquello que constituye nuestra identidad única, sobre la que podemos siempre descansar.

El diálogo interreligioso únicamente será posible cuando cada religión se vea a sí misma, no como la “única religión verdadera”, sino como un “mapa” más que puede servir de orientación en nuestro camino de vivir lo que somos en profundidad. Pero ello requiere haber descubierto que nuestra seguridad no está en la religión –en ninguna fórmula o creencia mental–, sino, directa e inmediatamente, en *lo que es*, Consciencia amorosa, fuente de toda seguridad y confianza que en todo momento nos sostiene y nos constituye.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “No todo el que me dice: «¡Señor, Señor!» entrará en el Reino de los Cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo. El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron sobre la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente”.

Mt 7, 21.24-27

**N**o es posible llegar a discernir, en los textos, qué es “historia” y qué es “catequesis” o símbolo. Parece indudable que Jesús transmitía un poder sanador. Pero poco más podemos decir, porque carecemos de documentos, y porque conocemos la tendencia de los escritores, en una cultura muy diferente a la nuestra en ese aspecto, a ir magnificando las acciones de sus biografiados. Con todo, el relato subraya algunos detalles: los ciegos saben de la compasión de Jesús hacia los más marginados; se dirigen a él con el título judío más elevado: “hijo de David”; Jesús vincula la curación a la fe de aquellos hombres; y les ordena silencio sobre la acción (quizás en la línea de lo que se conoce como el “secreto mesiánico”).

En realidad, del evangelio no es la “historia” lo que más nos interesa. Es claro que, en un nivel de consciencia mítico, todo se entiende de un modo literal; y que el modelo mental exige precisión hasta el último detalle. Sin embargo, valorando la investigación rigurosa, el modelo no-dual ofrece una perspectiva diferente, infinitamente más amplia y liberadora.

No importa si Jesús curó con su sola palabra a aquellos hombres, porque no tiene sentido pretender mostrar la “superioridad” de Jesús sobre otros maestros –un tema que, por el contrario, era decisivo para una consciencia mítica– y porque lo que da valor al texto es la resonancia profunda que provoca en el lector, con las preguntas que le despierta: ¿Reconozco mi “ceguera”? ¿realmente valoro el “ver” por encima de cualquier otra cosa?, ¿estoy dispuesto a mirar de frente mi verdad completa y a ser coherente con lo que descubre?

Como en cualquier otro texto de acción, cada uno de nosotros podemos *vernos* en los personajes que aparecen: somos los ciegos, que se afanan por ver, porque no quieren resignarse a la oscuridad de la ceguera o de la miopía estrecha; y somos Jesús, que se conmueve ante el sufrimiento ajeno y hace todo lo que está en su mano para aliviarlo.

¿Siento en mi interior qué medios tomar para “ver” o “despertar”, para salir de la rutina y vivir la novedad? Y, por otro lado, ¿sé ver a quienes pasan junto a mí y necesitan algún tipo de ayuda?

## 4 de diciembre viernes

*¿Realmente quiero  
“ver” y ayudar a ver?*



En aquel tiempo, al marcharse Jesús le siguieron dos ciegos gritando: “Ten compasión de nosotros, Hijo de David”. Al llegar a la casa, se le acercaron los ciegos y Jesús les dijo: “¿Creéis que puedo hacerlo?”. Contestaron: “Sí, Señor”. Entonces les tocó los ojos diciendo: “Que os suceda conforme a vuestra fe”. Y se les abrieron los ojos. Jesús les ordenó severamente: “¡Cuidado, con que lo sepa alguien!”. Pero ellos, al salir, hablaron de él por toda la comarca.

Mt 9, 27-31